



Narrativas de reconocimiento y menosprecio: Una mujer en busca de libertad.

Alexander Cardona Galeano¹

Resumen: En el presente texto, se exponen los resultados investigativos de un estudio orientado a comprender los sentidos que adquiere el reconocimiento y las capacidades humanas en el proceso educativo de una joven universitaria, que ha estado expuesta a formas diversas de injusticia y menosprecio a lo largo de su vida. Para esto se adopta un enfoque hermenéutico, materializado en el método de análisis narrativo y se conceptualizan las categorías de reconocimiento desde la perspectiva de Axel Honneth y capacidades humanas, desde la mirada de Martha Nussbaum. Entre las conclusiones del estudio se aprecia cómo la educación es una condición mínima necesaria para garantizar la ampliación de oportunidades y el ejercicio de libertad.

Palabras clave: reconocimiento, capacidades, narrativas, menosprecio, libertad, visibilidad.

Contenido: 1- Planteamiento y herramientas teórico-metodológicas, 2) Suyana: una mujer aferrada a su deseo de estudiar, para sanar una vida de menosprecios, 3) Aquí y allá: haciéndose visible; 4) Trabajar para estudiar: el sacrificio tras la virtud; 5) Mujer, estudiante y madre: proyectos que convergen, 6) Conclusiones

1- Planteamiento y herramientas teórico-metodológicas

El trabajo que se presenta a continuación obedece a los resultados de un proceso investigativo desarrollado por el autor, en el marco de sus estudios de maestría en Educación y Desarrollo Humano.

¹ Arquitecto. Trabajo presentado para optar al título de Magíster en Educación y Desarrollo Humano (enero, 2021). Convenio CINDE – Universidad de Manizales. Correo electrónico: alexcardona70@gmail.com



Dicho estudio se orientó a comprender cómo el reconocimiento y el desarrollo de capacidades humanas experimentados por una joven indígena en su proceso educativo, le ha permitido enfrentar formas de menosprecio y humillación a las que ha sido sometida en su historia de vida.

Se toma como referencia la narrativa de Suyana², una joven indígena del Perú, quechua-hablante, originaria de una comunidad rural andina, de la cual se alejó para buscar su realización personal y profesional, a costa de la presión familiar sustentada en creencias que le asignaban un destino irremediable como casarse, tener hijos, cuidar a su abuela y dedicarse al trabajo doméstico, como había sucedido con varias generaciones de mujeres en su círculo familiar.

Ante un destino previamente asignado por su familia, Suyana decide romper con el determinismo de su historia y parte de su pueblo en busca de alternativas, para convertirse en una mujer distinta a la que su grupo familiar había esperado. Dicha decisión tuvo grandes implicaciones, como dejar de contar con el apoyo de su círculo próximo para enfrentarse sola a la búsqueda de un camino que aún no sabe bien a donde la llevará, pero a lo largo del cual ha encontrado diferentes oportunidades en su realización como mujer, profesional y ahora madre, tal y como se mostrará en los resultados de esta investigación.

El análisis de la narrativa de vida de Suyana, no pretende una representatividad estadística para explicar un caso universal, más bien se busca comprender un fenómeno particular desde el punto de vista de su principal protagonista, localizando dicha experiencia en unas condiciones histórico culturales específicas e intentando interpretar el sentido de una vida en el marco de una sociedad determinada. Desde el punto de vista arendtiano, hablamos de una “narrativa ejemplar” (Alvarado, Gómez, Ospina y Ospina Alvarado, 2014), no al modo de una historia moralmente correcta, sino en el sentido de una experiencia que permite condensar diversas historias, adquiere legitimidad por el significado social que representa, permite articular lo general y lo particular, otorgando valor a las pequeñas historias, al poder de los micro relatos para indagar por fenómenos políticos más amplios y complejos, así como la auscultación de asuntos que la teoría no siempre ha explorado con suficiente claridad.

La historia de Suyana permite tomar un caso relevante de una mujer indígena, pobre, madre, que encuentra los obstáculos que muchas mujeres de sus características encuentran en un

² Nombre real cambiado con el fin de proteger la intimidad de la joven que ofreció su relato de vida para el presente ejercicio investigativo



sistema capitalista, patriarcal, blanqueado, para acceder a las oportunidades necesarias para una vida en libertad, pues como bien dice Sen (2000), un sujeto libre no se reconoce porque hace lo que quiere, sino porque encuentra diferentes alternativas para decidir entre ellas, la que más se acerca a su desarrollo humano, a su idea de vida buena. Cuando un sujeto tiene oportunidades restringidas, no logra ejercer sus derechos básicos o no cuenta con condiciones materiales e inmateriales suficientes para hacer y ser lo que desea, su desarrollo humano se ve truncado y el ejercicio de libertad coaccionado.

La tradición epistemológica que sustenta este tipo de trabajos investigativos es la perspectiva hermenéutica, toda vez que se busca un interés práctico (Vasco, 1990), orientado a la comprensión e interpretación de los significados que tienen los fenómenos, desde el punto de vista de los actores que los experimentan. No se busca pues medir ni predecir el futuro a partir de la identificación de leyes estadísticas, o la búsqueda de causas generales tal y como lo pretenden las corrientes empírico analíticas; tampoco se busca transformar una sociedad, como lo hacen las perspectivas socio críticas. Mas bien interesa localizar una experiencia social, para analizarla en coherencia con las condiciones contextuales, respetando las tradiciones culturales y haciendo audible la voz directa de los actores de la historia.

En congruencia con estos intereses epistémicos, para el análisis de la narrativa se toma el método propuesto por Quintero (2018), conocido como Propuesta de Investigación Narrativo Hermenéutica (PINH). Esta propuesta metodológica retoma los postulados filosóficos de Paul Ricoeur acerca de la triple mimesis para comprender una trama narrativa (Prefiguración, Configuración y Refiguración).

La trama narrativa se entiende como *“la organización de elementos heterogéneos — acontecimientos, espacialidades, personajes, tipologías de la acción, lenguajes y fuerza narrativa, entre otros— que dan lugar a una historia”*. (Quintero, 2018, p.123). La comprensión de una trama narrativa conlleva el análisis de temporalidades, no concebidas como una linealidad de episodios cronológicos, sino como la pluralidad de la acción humana, esto es, temporalidades que denotan sentires, significados y símbolos que se hacen presentes en la narración. Implica también auscultar las espacialidades, entendidas como coordenadas geográficas, pero también como territorialidades simbólicas, entendiendo con ello que ningún espacio está separado de la historia, las interacciones y los actores que lo constituyen. Este tipo de análisis también busca interpretar otros asuntos subjetivos como son los actos compromisos, las emociones, las metáforas, los atributos del sujeto, entre otros.



La comprensión de la trama narrativa se orienta a partir de la triple mimesis ricoeuriana (*prefiguración, configuración y reconfiguración*), que en el trabajo de Quintero (2018) se estructura en cuatro momentos. El primero es el registro y codificación del relato, así como su relación con las categorías del trabajo investigativo. El segundo es un nivel textual y de preconfiguración de la trama, cuando se identifican los acontecimientos que sostienen el relato, así como las circunstancias que los desencadenaron, los medios y consecuencias que traen consigo. Para este momento se toman en cuenta las temporalidades (*tiempo calendario, tiempo humano, tiempo histórico*) y las espacialidades (*coordinadas territoriales y espacialidades simbólicas*) del relato. Un tercer momento es el nivel contextual de la trama narrativa, que le asigna un papel protagónico al intérprete a través de la comprensión de las fuerzas narrativas (*actos de habla compromisos, metáforas, emociones*), los atributos del sujeto (*imputaciones, responsabilidades, potencialidades*). El momento cuatro es el nivel metatextual y refiguración de la trama narrativa, cuando hay una fusión de horizontes asociada al encuentro del intérprete con el texto, un proceso del que surgen nuevas interpretaciones, así como formas de apropiación y comprensión de la trama narrativa.

Para centrar el objeto de estudio que se analiza a través de dicha metodología, se tomaron dos categorías principales: desde la perspectiva de Axel Honneth se adopta el concepto de *reconocimiento*, y desde la mirada de Martha Nussbaum se toma el concepto de *capacidades*.

Con Honneth (2010) se entiende que la justicia no depende únicamente de la distribución de la riqueza sino además del reconocimiento cultural. Esta propuesta teórica adquiere visibilidad a partir de los años 80, cuando las luchas por la identidad de clase fueron interpeladas por nuevas luchas asociadas a la identidad cultural, de género, etnia, etc., para dar apertura a lo que hoy se conoce como ‘políticas del reconocimiento’.

La propuesta teórica de Honneth es una buena herramienta analítica para leer el reconocimiento desde tres esferas principales: la primera es el *amor*, que permite al sujeto la aproximación inicial a una experiencia de cuidado, protección y abrigo, que le posibilita un acto de confianza con el mundo a partir de la seguridad física que se manifiesta especialmente en relaciones sociales íntimas y privadas como son la familia, el círculo de amigos y demás relaciones amorosas. El resultado de esta forma de reconocimiento es la emergencia de un sujeto con capacidad de autoconfianza. La segunda esfera de reconocimiento que puede experimentar un sujeto es el acceso a *derechos*, esto es, las titularidades mínimas que deben ser garantizadas para tener una vida digna, para sentirse incluido en la comunidad política de la que participa, en unas condiciones básicas de igualdad. La actitud positiva experimentada por el sujeto es el autorrespeto elemental y la predisposición a compartir compromisos y



obligaciones que hagan posible la vida colectiva. La tercera esfera del reconocimiento propuesta por Honneth es la *solidaridad*, manifiesta en la apreciación social de las capacidades del sujeto, que incluye un ejercicio de empatía y exhortación recíproca. Esto conlleva la valoración de formas diversas de realización individual y colectiva. La experiencia vivenciada por el sujeto aquí es la autoestima de sentirse valorado por su comunidad, asumirse en una aprobación intersubjetiva necesaria en sus aspiraciones de unicidad e irremplazabilidad.

Pero Honneth entiende que estas esferas del reconocimiento también se corresponden con formas diversas de menosprecio y humillación, que conllevan a la invisibilidad del sujeto, precisamente por su disposición hacia la capacidad de demostrar desprecio por personas presentes, mediante el hecho de comportarse frente a ella como si no figurara físicamente en el mismo espacio (Honneth, 2011). Por ejemplo, el reconocimiento como amor puede coexistir y ser restringido con la presencia de formas de humillación física, maltrato, violación o tortura, cuya consecuencia no es únicamente el daño físico, sino la conciencia resultante de no sentirse reconocido, la destrucción de la confianza básica en el mundo requerida para sentirse a salvo en él. Así mismo, el reconocimiento de derechos puede verse restringido por la exclusión social, la privación de garantías para la pertenencia a una comunidad política, y sentir pleno valor como persona jurídica. Y del mismo modo, el reconocimiento como solidaridad se ve afectado por la degradación del valor social y las formas de autorrealización, por la deshonra y la desaprobación social (Honneth, 2010).

Ahora bien, mientras la propuesta de Honneth posibilita una lectura a las dinámicas de reconocimiento y menosprecio en las experiencias de los sujetos, la filósofa Martha Nussbaum ofrece una herramienta para analizar la justicia social desde una lectura de las capacidades humanas.

De acuerdo con Nussbaum, el desarrollo humano no debería medirse con base en un indicador macroeconómico único como es el Producto Interno Bruto (PIB), en tanto desde allí no es posible comprender la calidad de vida de sujetos concretos, en ciertas condiciones económicas, culturales, históricas específicas. Para argumentar su punto de vista, Nussbaum nos presenta en su texto *Crear Capacidades* (2012) una descripción de la vida de Vasanti³, una mujer hindú sometida a diferentes formas de menosprecio y restricción de su libertad, destinada a abrirse camino en la vida a costa de las limitaciones que le deparaba ser mujer, pobre, no-blanca, en una cultura occidental, capitalista, patriarcal y etnocentrista. Esta

³ Ver Una mujer en busca de justicia, en Nussbaum, 2012, pp.19-35



experiencia concreta, le permite a Nussbaum proponer una teoría basada en el desarrollo como libertad y la libertad como un asunto de capacidades humanas (Nussbaum, 2006), lo que implica al menos dos asuntos:

Primero, que la libertad no consiste en tomar lo poco que queda, sino contar con suficientes alternativas y oportunidades para elegir en libertad, sin restricciones culturales, económicas, o de género, para decidir con autonomía una vida buena, que responda a los intereses personales y promueva las capacidades del sujeto. Segundo, que existen unas capacidades mínimas cuyo desarrollo debe ser garantizado al sujeto como un mínimo básico de subsistencia. Estas capacidades se encuentran ampliamente documentadas y sustentadas en el texto “Las fronteras de la justicia” (Nussbaum, 2006) y se sintetizan en diez: 1) la vida, 2) la salud física, 3) la integridad física, 4) sentidos, imaginación y pensamiento, 5) sentimientos, afectos, 6) razón práctica (autoconciencia, tacto, capacidad de juicio), 7) pertenencia a una colectividad política, 8) condiciones para convivir y cohabitar con otras especies como animales, naturaleza, 9) el juego, la capacidad de reír, divertirse, gozar, 10) participación en el propio entorno.

Las capacidades están directamente asociadas a las oportunidades que deben ser garantizadas a un sujeto para su pleno desarrollo, pues son necesarias ciertas condiciones materiales para que un individuo tenga una vida plena, basada en el principio de dignidad.

Estas herramientas teóricas, metodológicas y epistemológicas expuestas hasta aquí, son el sustento de los resultados que se construyeron en esta investigación, los cuales serán expuestos a continuación:

2- Suyana: una mujer aferrada a su deseo de estudiar, para sanar una vida de menosprecios

Suyana es una joven de 24 años, que nació en Tiaparo, pueblo engastado en la parte oriental y más escarpada de la cordillera de los Andes. Tiaparo, perteneciente al departamento de Apurímac, ubicado al centro-sur del Perú, es considerada una localidad que exhibe altos índices de pobreza extrema en el país. El pueblo presenta una marcada vocación agrícola, seguida de la ganadería y con fuertes proyecciones hacia la minería, de la mano de grandes compañías multinacionales.



La familia de Suyana es extensa y buena parte de ella se dedica en el pueblo a las labores del campo, otro tanto vive en la ciudad de Lima y se ocupa en trabajos y oficios varios.

La narradora queda huérfana de ambos padres a los 3 años de edad y a partir de allí, su cuidado pasa por las manos de muchos familiares durante varios años, hasta que un tío y su abuela se hacen cargo de ella en forma permanente.

Sus estudios de primaria los realiza en su pueblo natal, luego estudiará su bachillerato y una carrera técnica en Lima, posteriormente se gana una beca otorgada por su gobierno, la cual le permite realizar estudios en el exterior. Decide estudiar la carrera de Diseño de Vestuario en la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín, Colombia.

La narrativa de Suyana cobra fuerza, ya que logra reunir y hacer visibles las voces de muchas otras jóvenes que, a pesar de enfrentar condiciones de profunda deprivación social durante varios momentos de sus vidas, encuentran oportunidades, apoyadas por ejemplo en el estudio, como forma de visibilizarse ante el mundo y reivindicar su proyecto personal de autorrealización. Su voz permite acceder a las experiencias, valoraciones, aprendizajes y concepciones que elabora de la vida en su trasegar como estudiantes de una universidad privada, en un espacio urbano, cosmopolita.

3- Aquí y allá: haciéndose visible

Suyana relata cómo su infancia transcurre en un ambiente donde la pobreza estructural impacta a la mayoría de habitantes de su pueblo, incluidos, buena parte de los miembros de su familia: “... yo en Perú no tengo recursos económicos, soy de estrato 1 como le dicen aquí, entonces no tengo como familiares que me apoyen económicamente” (F, J, I, N#1 24-26).

Para la narradora, la percepción de vivir una vida precaria se hace más evidente y dolorosa desde que queda huérfana; con ese hecho, experimenta la falta de una figura de autoridad constante que se haga cargo de su situación y le prodigue afecto y cuidados: “Mis padres fallecieron cuando yo tenía tres años más o menos, yo me crié con diferentes familiares, pasé con tíos, hermanos, así, pero también ellos son de economía baja” (F, J, I, N#1 27-28). A su temprano abandono, se le suma crecer en un ambiente de carencia y menosprecio: “como todo niño sin padre pues algunas veces también pasé maltratos, por ejemplo, por mi primer

tío que me estaba cuidando pasé hambre, pasé muchas cosas también, pasé noches de frío”
(F, J, I, N#1 630-632).

El maltrato recibido por parte de su círculo familiar cercano se convierte en injusticia moral. Siguiendo a Honneth, en el relato de infancia de Suyana, se identificaría

“una actuación que lo(a)⁴ menosprecia intencionalmente en un aspecto esencial de su bienestar; no es ya el dolor físico como tal, sino la conciencia resultante de no ser reconocido(a) en la propia concepción que uno tiene de sí mismo” (2010, p.24).

Este menosprecio experimentado, impacta su autoconfianza, y lesiona “*el estrato más básico de seguridad emocional y física en la exteriorización de las necesidades y sentimientos propios, que constituye la premisa psíquica para el desarrollo de todas las otras formas de autoestima*” (2010, p.25).

Las huellas del menosprecio que se inscriben en su cuerpo y en su ser, nos arroja a la pregunta por la responsabilidad de los cuidados que se deben prodigar a la niñez en el contexto donde creció la narradora. Suyana no sólo pasa hambre, abandono y falta de cuidado, además es atravesada por una aparente ausencia de su derecho más básico a la vida misma, que se evidencia ante la falta de alguien que se haga cargo de ella, ya que aún no posee la autonomía suficiente para no morir prematuramente, viviendo una vida humana completa, siguiendo las capacidades humanas básicas propuestas por Nussbaum (Fascioli, 2011, p. 63). La falta de alimento y el padecer frío en la infancia de Suyana, viene acompañada además de la certeza, que ella sola, dada su edad, condiciones y limitados esfuerzos, no puede hacerse cargo de evitar no morir, además de la zozobra de experimentar que quienes la tienen al cuidado, tampoco parecen interesados en prodigarle cuidados para que viva. Al quebrantamiento en la autoconfianza de Suyana, introducido por el menosprecio del que es víctima, se suma la pérdida de confianza en los otros, para hacerlos partícipes en la producción de su autonomía, ya que esos otros, demuestran no ser capaces de ver y velar por su bienestar e integridad corporal.

La responsabilidad por el abandono y la vulnerabilidad de Suyana, rebasa un segundo escenario de menosprecio: el de la violación de los derechos, generando una exclusión social que impacta sobre el respeto intersubjetivo a la vida. El mensaje que emana de esta ausencia de lo jurídico en la valoración que otros pueden hacer de la vida propia, no es otro que una

⁴ La (a) son mías.



fractura en el autorrespeto, ya que configura en la percepción de sí, una minusvalía en el status y autoridad que se poseen, al no sentirse merecedor y portador de los mismos derechos que el resto (Honneth, 2010). La narradora no sólo experimenta de niña, que es un sujeto cuya vida no es vista como un fin en sí mismo, ni por su familia, ni por su comunidad, además, y siguiendo la línea de un planteamiento expuesto atrás, experimenta -o quizás no, dada su corta edad- que, ante este hecho, no tiene poder para mostrar su inconformidad y denunciar, ni para cambiar la situación. Suyana vive esta exclusión en silencio.

En términos amplios, cabría hacerse la pregunta por una tercera forma de menosprecio, y es la referida a la degradación social de las formas de autorrealización (Honneth, 2010), y que corresponde a grandes rasgos, en que las capacidades, propósitos y formas de vida que el sujeto ha constituido y utilizado para consolidar su proyecto de autorrealización personal, no son socialmente valorados como positivos. Se colige de lo anterior, que el sujeto ha tenido desde sus posibilidades, la oportunidad de echar a andar un proyecto de vida, el cual ha ido alimentando de capacidades desarrolladas, retos cumplidos, renunciadas, etc.; entonces aparece la pregunta: ¿qué posibilidades tuvo de constituir un proyecto de vida en la situación de vulnerabilidad en la que Suyana vivió parte de su infancia?, más aún, en el terreno minado por múltiples formas de menosprecio, ¿cuál sería la posibilidad y la libertad de una niña o un niño para ir, conociendo, valorando y aprehendiendo las herramientas que le permitan bocetar un proyecto de vida propio y que además sea socialmente aceptado? Procurar la autoestima de un sujeto será irrelevante si están amenazados los estados iniciales que posibiliten sentirse en capacidad de ser o hacer algo en la vida de manera autónoma, toda vez que no se requiere valoración cuando el sujeto está destinado a ser algo que le resulte funcional a ciertos grupos sociales, y su contribución será valorada, en la medida que el sujeto se mantenga obediente a tales asignaciones.

Las múltiples formas de menosprecio en la infancia de Suyana, sugieren, un contexto con patrones culturales particulares, en los cuales, la vida de las niñas no resulta tan relevante como la de otros miembros de la comunidad, análogo a lo que sucede en otros contextos como China y la India, presentes en los trabajos de investigación de Amartya Sen, los cuales evidencian como el maltrato de la mujeres está ligado a “*pautas culturales que desvalorizan las capacidades y el aporte de la mujer a la esfera familiar y la vida social*” (Fascioli, 2011, p. 74)

No obstante, a pesar del difícil panorama en su infancia, Suyana narra la aparición de otras voces que, mediante el afecto y el reconocimiento, contribuyen en el trazado de otros horizontes de vida. A los cinco años de edad, un tío, asume su cuidado y establece con ella

una paternal relación de protección y afecto, además, contribuye económicamente para que saque adelante sus estudios de primaria y la aconseja para que forje un futuro apoyado en sus estudios. Los consejos vienen acompañados en una serie de juicios, que inciden en que la narradora experimente temor por el futuro, si decide permanecer y hacer su vida allí, en Tiaparo:

“(…) ... me dijo que él tenía en la mente que siempre quería verme estudiar, quería verme triunfar y quería verme pisar una universidad... no quería que me quedara en el pueblito porque pues son personas analfabetas, algunos ni siquiera saben hablar español, son personas quechua hablantes y muchas familias se peleaban también, había maltrato familiar, maltrato de niños, había ese tipo de cosas. Entonces él me dijo: nunca te cases aquí, si te vas a casar, cástate con una persona no sé, cuando logres tus sueños, estudiar, tener una carrera.” (F, J, I, N#1 68-74)

En esa misma línea, del reconocimiento y los consejos, aparece un profesor de su escuela primaria: *“tú tienes para más, no te quedes en este pueblo, tú puedes estudiar, puedes tener una carrera grande y entonces no estás como para quedarte aquí o casarte como estas mujeres o quieres que te peguen”* (F, J, I, N#1 79-81)

Invisibilizada y con la autoconfianza, autorrespeto y autoestima fracturados y, además, para conjurar el maltrato y la violencia doméstica que, como mujer adulta, le auguran su tío y su profesor, Suyana traza el plan de lo que será un proyecto de vida que le permita el reconocimiento de sus capacidades y valoración social en otros ámbitos distintos al de su círculo familiar y comunidad natal. El alma de ese proyecto lo constituirá la búsqueda de mejores condiciones de vida mediante el estudio: *“(…) yo tenía bien claro que yo quería estudiar, yo quiero estudiar -decía-, porque siempre en mi mente estaba el consejo de mi tío y el consejo del docente”* (F, J, I, N#1 101-102). Ante la falta de educación media superior en su localidad, decide irse del pueblo, enfrentando la oposición de su familia, quien ya tenía un futuro preparado para ella: cuidar a su abuela quechua-hablante y velar por la producción agrícola y pecuaria de la tierra familiar.

Tiaparo, su pueblo natal queda grabado en la memoria de la narradora, como ese lugar de dolor, maltrato, pobreza e ignorancia del que tuvo que salir para poder hacerse visible: *“yo me vine, dije sí o sí, yo me voy, yo quiero estudiar, no me voy a quedar en este pueblo.”* (F, J, I, N#1 96-97). Lima para sus estudios secundarios y posteriormente Medellín, Colombia donde realiza sus estudios profesionales universitarios, gracias a una beca otorgada por el gobierno del Perú, se convirtieron en un punto de fuga, el allá anhelado, donde la narradora



imaginó ser reconocida por otros mediante el esfuerzo y dedicación a sus estudios. El allá por fuera de su pueblo, le ofrece la promesa, según los augurios de su tío y docente, de constituirse en una mujer autónoma, progresar y decidir sobre su profesión, sus afectos y lo que quiere constituir como familia. El allá le permite sentirse valorada y libre: *“siempre quise estudiar, siempre mi sueño ha sido pisar una universidad porque pues las familias que me rodearon nunca han pisado una universidad, apenas terminaron bachiller”* (F, J, I, N#1 29-30).

En las coordenadas geográfico-afectivas que van trazando las palabras de Suyana, su pueblo natal quechua-hablante, parece congelado en el tiempo, mientras que el allá, exterior a su localidad, se presenta como un afuera dinámico, de oportunidades y con la promesa de un mundo nuevo por descubrir siempre. Estas espacialidades sentidas, resultan corresponderse con un mundo dominado y planeado siguiendo coordenadas geopolíticas y económicas, donde las relaciones de centro-periferia, evidencian notorias formas de desigualdad. Tiaparo, un enclave habitado por una mayoría indígena parece exhibir formas de socialidad que han sido dejadas al margen de las aceleradas lógicas de movilidad, crecimiento y comunicación de las grandes urbes. Su existencia se constituye en el negativo, en el lugar inhóspito y lejano al que no llegan las dinámicas y la procura de bienestar socioeconómico que el sistema económico capitalista procura para sus cosmópolis y que facilitarían otras formas de relacionamiento y de vivir la vida. Sin otras posibilidades de crecimiento acordes con su ancestralidad, con su tradición socio-económica, cultural y ecológica que la podrían conectar con distintas dinámicas de desarrollo, el pueblo y sus habitantes, vive una vida que parece no coincidir con su identidad socio cultural. La vida interior parece desgastada por dinámicas económicas externas que le obligan a velar por la satisfacción de sus necesidades básicas, de allí que el cuidado de las propiedades y productos se torne tan importante, ya que con ellos se sustenta no sólo la vida en el pueblo, sino la vida de aquellos que salieron del pueblo a las ciudades, a buscar mejores condiciones de vida.

La narradora en su condición de niña y posteriormente en la condición que tendrá siendo mujer adulta, ya tiene un rol asignado en su pueblo, el cual consiste en encargarse de la custodia de las tierras, los productos pecuarios y del agro, además, estando en casa, debe procurar el orden en el hogar, dentro del cual está estipulado el cuidado de los adultos mayores, quienes son portadores aún, del acervo de tradiciones culturales. La abuela de Suyana es quechua hablante, por tanto, dentro de la lógica de la comunidad, debe ser otra mujer involucrada en el cuidado del hogar, quien se haga cargo de ella y le procure el relacionamiento con el mundo. Cuando las mujeres pasan de niñas a jóvenes adultas, es menester que conformen sus propios hogares, bajo la supervisión de un hombre y en donde



deben igualmente prodigar el cuidado a sus hijos y esposo. Es sobre este círculo que en su pueblo se torna violento, sobre el cuál es advertida la narradora por su tío y profesor, y es ante este círculo tradicional de su vida como mujer, al que Suyana se revela, intentando por lo menos introducir otros eslabones en los cuales sea posible su realización personal en otras instancias y donde pueda igualmente determinar los tiempos en los que quiere llevar su vida.

La decisión que Suyana toma al elegir la continuidad de sus estudios, rompe con las tradiciones y el rol que ya tenía asignado como mujer en su pueblo, además, pone en evidencia que, ante la falta de educación secundaria en su localidad, las opciones de vida no pueden ser distintas a marcharse: “*en ese pueblo no hay como dice bachiller, secundaria, no hay, tocó venirme para Lima y dejar a mi abuela*” (F, J, I, N#1 76-77). Si hubiese existido educación secundaria en el pueblo, el panorama en la vida de la narradora y sus posibilidades de construir un proyecto de vida acorde a sus sueños, hubiese sido distinto; uno donde no existiera incompatibilidad entre cuidar a la abuela, las propiedades y estudiar, y en el que no hubiese abandonado a los pocos seres que le prodigaron cuidados y afecto -su tío y su abuela- siendo aún una niña vulnerable y maltratada. El desajuste centro-periferia -abordado en un anterior apartado- tiene por efecto una desigualdad socioespacial que se refleja en que las oportunidades de optar por formas de vida distintas, se concretan afuera, en el exterior de la localidad.

4- Trabajar para estudiar: el sacrificio tras la virtud

La narradora expresa cómo el paso de la educación primaria en su pueblo natal Tiaparo, a la secundaria en la ciudad de Lima, le representaron un trauma, por dos razones: el idioma español que escuchaba en sus clases, le resultaba aún muy nuevo, ya que lo había aprendido apenas dos años atrás. Su lengua nativa era el quechua, que además de ser la lengua dominante del enclave donde creció, también había sido la lengua de sus estudios en primaria. En segundo lugar, algunos contenidos de asignaturas como matemáticas resultaban ser más avanzados según la percepción de Suyana, y no se conectaban con lo que ella había aprendido en la primaria. Ante estas dos dificultades, la narradora no sintió recibir apoyo suficiente por parte de sus docentes o de las directivas del plantel educativo.

“yo entré al colegio público, entonces traté de sacar las mejores notas, me dedicaba a estudiar bastante, bastante y sí, los primeros años me chocaron bastante porque como te digo, yo también era quechua hablante... (...) Yo aprendí más o menos a dominar el español a los 11, 12 años. (...) Me chocó bastante la forma de enseñar en bachiller en las ciudades, había muchas cosas súper avanzadas que me chocaron a mí, entonces



yo preguntaba al docente y me decían que eso me tenían que enseñar en primaria, esos son cosas de primaria” (F, J, I, N#1 116-130)

En el relato de Suyana se empieza a hacer evidente, cómo su llegada a la ciudad, le significa renuncias y adaptaciones forzosas que van más allá de dejar su terruño y a su abuela. El dispositivo de diferenciación centro-periferia se radicaliza y le enseña que para poder ser ciudadana de la cosmópolis y disfrutar de sus beneficios, tendrá que ajustar y hasta extirpar eso que la vincula a sus raíces ancestrales. Tendrá que dejar de ser indígena para convertirse en una ciudadana más parecida y próxima a las exigencias de aldea global. Dicha transformación tiene a la institución donde estudia su bachillerato, como escenario de corrección, el cual, trunca desde el primer momento su posibilidad de recibir una educación de calidad, que la reconozca en su particularidad cultural.

El colegio, incapaz de realizar procesos adaptativos que le hagan más llevadera su transición, persiste en la transmisión de una educación unívoca y homogénea. Siguiendo las palabras de Fascioli. (2011), quien interpreta el enfoque de capacidades de Sen, el plantel educativo falla como institución social al obstaculizar la expansión de las capacidades de Suyana, limitando sus opciones de constitución de una libertad real. El colegio no vulnera el derecho a la educación de la narradora, pero si vulnera su derecho a que esa educación le sea transmitida haciendo un reconocimiento de su diferencia cultural. Este hecho se constituye en una práctica discriminatoria, un menosprecio que genera exclusión social ante lo cual, la narradora no puede expresar su malestar, su opinión, sólo puede adaptarse en silencio. Se puede considerar a los docentes de la institución educativa como una comunidad específica, que al restarle importancia a la necesidad de adaptaciones curriculares que le faciliten la transición a Suyana, ejercen una forma de minar la autoestima de la estudiante. Es este tipo de desajustes lo que le permite a Suyana no solo hacerse consciente de diferencias entre la educación impartida en su pueblo quechua-hablante y la ciudad, además, se le refuerzan juicios de valor, en los cuales, la ciudad es avanzada y llena de oportunidades y su pueblo atrasado y estancado.

Suyana narra las vicisitudes referidas a sus estudios universitarios, luego de culminar su secundaria, en las cuales describe una educación superior que tiende a ser diversa e incluye instituciones oficiales y privadas. Relata que, para cierto grupo poblacional, las condiciones de acceso a las oficiales no depende exclusivamente de un buen desempeño académico para sortear el examen de admisión; otros factores como el costo educativo, o los tiempos de las carreras universitarias, resultan cruciales a la hora de elegir. La universidad pública puede ofrecer la gran ventaja de ser muy económica, incluso gratuita, pero para cierta población, en



condiciones económicas muy precarias, gastos como el transporte, los útiles escolares, el material fotocopiado, las comidas fuera de la casa cuando se vive lejos, pueden ser motivo suficiente para renunciar a esta opción.

Las universidades públicas suelen tener mayor demanda: son muchos los aspirantes que se presentan y muy pocas plazas otorgadas, lo que genera una presión por asegurar el acceso. Dicha presión se traduce para muchos, en optar por una etapa preparatoria en preuniversitarios o tutorías particulares, que tienen costos no asumibles fácilmente, como en el caso de la narradora, quien debe sopesar todo el panorama anterior, priorizando un estudio que le permita obtener rápidamente un beneficio económico, para poder sostener su vida. Los estudios técnicos que se desarrollan en un tiempo más corto y cuya promesa es una mayor posibilidad para obtener rápidamente un trabajo, son los elegidos por Suyana:

“de los 10 mil que postulan entran como dos mil nada más. Entonces eran demasiados y había conocido a varias personas que se preparaban para rendir examen como un año, año y medio y yo dije no, yo no quiero perder tiempo, para estudiar ese año y además para prepararte tenías que contratar otro docente o una academia que se especializa en preparar, tenía que pagar y yo no tenía plata para prepararme (...) Entonces había unos institutos que enseñaban como dos, tres años, técnicas y pues entonces yo dije voy a coger técnicos y después pues ya puedo estudiar universidad y andar trabajando y estudiando. Y yo trabajaba y estudiaba para estudiar diseño de modas.” (F, J, I, N#1 143-151)

Para asumir el costo de sus estudios técnicos, la narradora expone, cómo debe complementarlos con un trabajo de medio tiempo y de horarios flexibles que le permitan asistir a clases. Al final, este esfuerzo termina diezmando sus energías y comprometiendo su desempeño académico, con el agravante, que, al terminar el proceso educativo, el coste de los grados, la obligan a seguir trabajando para poderlos asumir: “... *los días que no estudiaba, trabajaba y a medio tiempo también trabajaba, entonces no me quedaba mucho tiempo para hacer los trabajos de la carrera, entonces era demasiado, pues, me sentía cansada, entonces me salí del mini market*” (F, J, I, N#1 161-163)

En buena parte del contexto social latinoamericano, se ha normalizado tener que sacrificar parte de la vida, para obtener estudios, incluso se piensa que eso ayuda a valorarlos más, sin embargo, no es lo mismo para alguien trabajar y estudiar, a sabiendas que se cuenta con un apoyo sólido en la familia, que pueda asumir cualquier eventualidad, a trabajar y estudiar, si el apoyo con el que se cuenta es significativo (hospedaje, comida), pero exiguo, a la hora de



cubrir otros costos educativos como el desplazamiento, materiales, ropa, comida fuera de casa, útiles escolares, matrículas, como en el caso de la narradora.

La autoestima (Honneth, 2010) de un sujeto es puesta a prueba por una sociedad, que en ocasiones no ve con buenos ojos, si ante la obligatoriedad de tener que trabajar para estudiar, el sujeto manifiesta estar cansado, desfallecer o tiene que hacer renunciaciones importantes en su vida, como las relaciones sociales, la vida en pareja, cualquier práctica deportiva o artística. El sacrificio, incluso extremo, parece ser una medida social aceptada, para determinar si una persona merece ser valorada positivamente o no, ya que es interpretado como un medidor de tenacidad, convicción y lucha por lo que se quiere.

Si bien la valoración social de la lucha ante las adversidades resulta en un relato que da cuenta de los recursos desplegados y aprendizajes de las personas para hacerles frente, no es menos cierto que puede llegar a obviar e invisibilizar el contrarrelato de la desigualdad, la exclusión y la violación de principios fundamentales a los que ese mismo sujeto tendría derecho. El mensaje de fondo pareciera ser, que no se debe luchar para corregir las injusticias, sino que se debe resistir y sacrificar cuanto se pueda, para sacar adelante los proyectos de autorrealización.

El relato heroico del sacrificio que se hace para estudiar, pareciera funcionar mejor, si quien se sacrifica pertenece a comunidades pobres, marginadas y excluidas, toda vez que se constata en el cumplimiento de las metas, su tenacidad para sacar adelante sus sueños, contra toda adversidad. Sin embargo, poco se habla de la precarización de la vida en el transcurso de esa conquista, que no resulta igual para todos, ya que algunos pueden sacrificar la práctica de algún pasatiempo, mientras que otros pueden sacrificar horas de descanso y sueño, alimentación saludable, interacción familiar o afectiva, etc., aspectos que minan directamente su fortaleza corporal, mental y sus vínculos sociales y que se constituyen en automaltratos corporales y psíquicos, a la larga, en formas de desconocimiento de la propia autoconfianza, el autorrespeto y la autoestima. Las formas de menosprecio pueden asumir sutiles e invisibilizadas formas de autoexplotación que derivan en un sabotaje al propio proceso de autorrealización.

Suyana, al no contar con un sólido respaldo familiar, se enfrenta en solitario a resolver sus condiciones de vida y sacar adelante su plan de autorrealización, y en ese intervalo, sólo cuenta con su propio cuerpo, sus propias fuerzas y los recursos que pueda producir con ellas, como motores para enfrentar la faena, lo que la hace más proclive a formas de autoexplotación que debe padecer en silencio, ya que su voz ha sido acallada desde su propio

núcleo familiar, quienes no reconocen su proyecto de autorrealización, al igual que ha sido acallada por las instituciones educativas quienes no reconocen su diferencia cultural, exponiéndola a procesos de homogeneización educativa, en donde su valor, sus experiencias y aprendizajes como mujer joven indígena, prácticamente desaparecen.

5- Mujer, estudiante y madre: proyectos que convergen

El plan de autorrealización de Suyana, mediante el cual ha optado por sacar adelante sus estudios para mejorar sus difíciles condiciones de vida, es modificado con el embarazo, posterior parto y maternidad de su hijo. La llegada de Kuyuchi, no sólo no es esperada, tampoco es deseada: “*en lo personal a mí no me gustan los niños, entonces a Kuyuchi lo tengo porque es mi hijo, pero no me gustan*” (F, J, I, N#1 382-383); “*... pues al niño cuando nació no sentí nada...*” (F, J, I, N#1 665). A pesar de su sentir, los principios morales de Suyana, cimentados en parte por la religión católica, inciden en su decisión de tenerlo y hacerse cargo de él: “*mi idea nunca fue abortar al niño, pues no, yo respeto la vida humana*” (F, J, I, N#1 414-415).

Ante este crucial acontecimiento, la narradora no teme tanto por su vida, teme perder la beca otorgada que le permite estudiar la carrera profesional en Colombia: “*cuando me dijeron que estaba embarazada, se me vino de frente la beca, dije voy a perder. Sí, entonces como que voy a perder, no voy a poder estudiar*” (F, J, I, N#1 483-485); teme ser obligada por las directivas de la beca a retornar a su país y enfrentar con Kuyuchi, un futuro incierto, que percibe como hostil y sin oportunidades: “*voy a estar peor allá ¿y qué voy a hacer con un niño? sin un trabajo y sin estudio ¿en qué voy a trabajar?*” (F, J, I, N#1 402-403)

Las directivas que le otorgaron la beca tampoco tienen una solución a la mano para Suyana, ya que su situación, rompe el protocolo estipulado para los becarios. Ahora no solamente es una mujer pobre, con buen desempeño académico, además es madre en un país extraño; ha dejado de ser la estudiante y se ha convertido en una estudiante-madre, para lo cual no fueron contempladas excepciones, por tanto, la opción más inmediata es repatriarla y darle la oportunidad que retome sus estudios más adelante. Esta elección sería la más adecuada si no fuera porque a Suyana la espera un escenario incierto, donde el poco apoyo familiar la obligaría a trabajar para sostenerse junto a su bebé, dejando de lado su sueño de estudiar.

Si las instituciones no tienen claro cómo proceder jurídico-administrativamente con Suyana, ella tampoco parece tener una solución ante este acontecimiento, que trastoca los escenarios planeados para su autorrealización. ¿Cómo ser madre cuando el proyecto de vida planeado



era estudiar, solventar la vida económica y luego pensar en la resolución de su afectividad y vida familiar? No parecen haber experiencias positivas en la infancia de la narradora, que le hubiesen permitido asimilar la presencia y las funciones de las figuras paterna y materna, ya que perdió a sus padres a temprana edad y padeció menosprecios y falta de cuidados por parte de su familia. También, su propia experiencia de ser niña e hija, se vulneró con el menosprecio, socavando sus *autorrelaciones* personales (Honneth, 2010). El resultado, una mujer joven, enfrentada a una situación que compromete otra vida humana que ha parido, y ante la cual no parece tener nada que decir, ni sentir y cuyo referente de reacción ante el hecho, no proviene de la vida familiar, sino del mundo de la ficción novelada: “*cuando nació no sentí nada como dicen, no soy de esas como por ejemplo de las novelas que... o no sé, que cuando nace el niño sientes que el amor de tu vida*” (F, J, I, N#1 665-667). El amor entre padres e hijos que conoce Suyana, es el que ha visto en los dramas dulcorados de la televisión.

El drama personal vivido por Suyana adquiere otro matiz, si se aborda su situación desde la esfera simbólico cultural que interpele las valoraciones e imaginarios sociales de ser madre soltera. Inicialmente habrá que reconocer en buena parte de la sociedad latinoamericana, una fuerte raigambre patriarcal, bajo la cual, la autoridad del hombre determina los grados de participación y reconocimiento de la mujer en ámbitos domésticos, públicos, afectivos, políticos, económicos, etc. A esta característica se le suma la influencia histórica de las religiones cristianas con sus subsecuentes valoraciones y control del comportamiento, corporalidad, moral femenina, etc. Bajo estos dos lentes, padre, madre e hijos, son el ideal establecido de familia, que se corresponde en el imaginario como el “pilar” o la “célula” constitutiva de la sociedad.

La familia ideal supone un aparente equilibrio y armonía en las relaciones y entendimiento de un hombre y una mujer, que se unen para hacer vida juntos y mediante el uso responsable de la procreación, multiplicar la especie humana. Con esta base, la figura de madre soltera, resulta toda una anomalía, que subvierte el orden armónico establecido y lanza mensajes que hacen tambalear a la sociedad misma. Por un lado, hace suponer desde el imaginario, que dicha mujer, no es lo suficientemente responsable ni hace el merecido sacrificio para cohesionar una familia que le permita a ella, cumplir su sueño de ser madre fértil, protegida por un hombre que le procura el sustento y al cuidado de un hogar e hijos, al que dedica todos sus esfuerzos cotidianos. Por otro lado, hace pensar que esa mujer, no ejerce un control sobre sus deseos e impulsos sexuales, los cuales, son completamente su responsabilidad, ya que la responsabilidad por el deseo y los impulsos sexuales del hombre, son invisibilizados y su incumplimiento es excusado con frases como “el hombre propone, la mujer dispone”.



Por más adversas que sean las condiciones de vida de una familia constituida tradicionalmente, la llegada de un hijo, suele verse como algo que la familia puede asumir, ya que todo niño “nace con un pan bajo el brazo”. No resulta igual si la gestante es una madre soltera, que debe cargar con la culpa y el señalamiento social por traer un hijo al mundo y consolidar junto a él, algo amorfo, que, al no tener la estructura de una familia, no podrá contribuir a la organización armónica de la sociedad. El embarazo, la posterior maternidad y crianza del hijo por parte de una madre soltera, son pensadas como un castigo hacia esa mujer, que no hizo lo suficiente para tener una familia. Esta sensación de culpa es aún más sentida para las mujeres que pertenecen a comunidades con mayores raíces patriarcales.

En su relato, Suyana cuenta como recibe la ayuda de una abogada cercana al personal de bienestar universitario, quien dirime las problemáticas legales y administrativas, permitiendo a la narradora quedarse en Colombia. La respuesta de Probecan⁵ -el programa que otorga la beca- se mantiene estrictamente dentro de los márgenes protocolarios del convenio ya firmado, y le recuerda a Suyana su compromiso de mantener un promedio académico alto, para recibir la subvención económica de manutención otorgada por la beca, la cual, no aumenta, teniendo en cuenta su nueva condición de maternidad. Es decir, los administradores de la beca, ignoran o prefieren ignorar, que su condición de embarazo, puede incidir en su desempeño académico, si se piensa en los cambios hormonales del periodo de gestación, en la ralentización de los tiempos durante el embarazo o en los nuevos tiempos dedicados al cuidado de su bebé durante la maternidad. No se quiere decir con esto que el embarazo disminuya los procesos cognitivos para obtener un promedio alto, se quiere hacer notorio, que sobre el promedio alto pueden incidir otros factores distintos a las destrezas cognitivas y a la disciplina rigurosa y orden que se les impriman a las labores académicas. El hambre, el sueño mal conciliado, la renuncia a condiciones materiales básicas y el estrés provocado por las situaciones de sobrevivencia pueden impactar en el desempeño académico.

Nuevamente la narradora se enfrenta al desconocimiento de una institución, que, si bien procura un bienestar económico ligado a sus estudios, obvia que, ante las condiciones emanadas de su nueva condición de madre gestante y maternidad, requiere de un incremento en su sustento económico, para no caer en una condición precaria de sobrevivencia. Ante esto, nuevamente las capacidades formuladas por Nussbaum (2006) y ligadas a la buena salud, nutrición, a evitar el dolor innecesario, a tener experiencias placenteras, a involucrarse

⁵ Se utiliza un nombre ficticio para proteger los datos institucionales del programa de becas.

en interacciones sociales, se ven amenazadas, toda vez, que la nueva prioridad de la narradora, será velar por la vida de su hijo, anteponiéndolo a la suya propia.

Suyana se percibe sola para asumir las decisiones en este acontecimiento, ya que no puede contar con el padre de su hijo: “*él sabe, cuando estaba embarazada, cuando me enteré, yo le comuniqué... él me dice ya pasaron como tres meses y recién me cuentas... (...) ... nunca dice que te voy a mandar dinero, nada*” (F, J, I, N#1 468-474). Tampoco puede recurrir a su familia, quienes se mantienen al margen y más bien la reconviene para que se haga cargo, ejerciendo nuevamente un menosprecio sobre ella: “*tú tienes que asumir tu responsabilidad y portarte como una mujer y criar bien al niño y estudiar y es lo único que te queda, qué más puedes hacer*” (F, J, I, N#1 452-454). El cuestionamiento a este punto, no pretender restarle la responsabilidad que Suyana tenga en su embarazo, ni delegar el total de la responsabilidad en otros, pero cabe la pregunta a la sociedad y la familia, por las razones para no brindar acompañamiento a una mujer que se encuentra sola en un país que no es el de ella. La temprana orfandad de Suyana y la posterior desatención, abandono y maltrato físico de la que es víctima en su núcleo familiar cercano, parecieran actualizarse con otros actores y en otros escenarios.

Ante esta dificultad generada por la escasez económica, Suyana cuenta como echa mano de una práctica aprendida durante sus años de bachillerato y estudios técnicos: el ahorro.

“(…) ... yo puedo ahorrar, yo sé ahorrar, yo aprendí a ahorrar en Lima, yo empecé también en el bachiller a estudiar y trabajar desde el bachiller empecé a trabajar y estudiar, para mis útiles escolares y también para el uniforme de bachiller. (...)” (F, J, I, N#1 422-427)

La práctica del ahorro que Suyana aprendió desde su adolescencia, resulta ser muy bien vista y recibida por el colectivo social en general, el cual evalúa con ella, la efectividad y el orden en la gestión de los recursos económicos que evidencian en el fondo, a un sujeto que es capaz de controlar el gasto monetario de sus excesos y consumos, para poder sacar adelante otras empresas más importantes con el dinero ahorrado. El manejo que Suyana dio a su maternidad recurriendo al ahorro recibe el reconocimiento de las personas cercanas, quienes ven en ella una mujer extranjera, de extracción humilde y fuerte que vence la adversidad: “*siempre me felicitaron, siempre me felicitan en la universidad porque fui capaz con un niño, porque muchos pensaron que el niño, con un niño más difícil la vida, yo sé que difícil, pero toca acoplarse bien*” (F, J, I, N#1 408-410). Incluso, la misma Suyana ha interiorizado el importante papel del ahorro y se siente orgullosa del trabajo realizado: “*hay muchas*



compañeras aun no teniendo niños, según dicen ellas, no les alcanza, pues yo no sé, yo digo no sabrán administrar porque pues lo administro y me alcanza” (F, J, I, N#1 427-428).

La aprobación social del ahorro, que en términos generales expresa el reconocimiento a la capacidad de un individuo para llevarlo a cabo e integrarlo en su forma de autorrealización, podría estar invisibilizando las diferencias de los contextos y las situaciones de los sujetos que ejercen la práctica. No es lo mismo que se ejerza el ahorro cuando se tienen todas las necesidades básicas satisfechas y se cuenta además con un núcleo familiar de apoyo ante posibles eventualidades, a que sea ejercido en condiciones de precariedad y necesidades extremas, sin poder contar con apoyo alguno. En este último caso, el ahorro no es tal, y lo que se evidencia es el sacrificio y la ponderación de la atención de unas necesidades sobre otras. Para Suyana madre, el ahorro le ha representado privarse de la satisfacción de algunas necesidades prioritarias para la vida digna, por suplir otras que son igualmente prioritarias referidas a su hijo. Algunas de esas necesidades, afectan directamente las capacidades que Nussbaum identifica como: ser capaz de reír, jugar y disfrutar de actividades recreativas e involucrarse en interacciones familiares y sociales. La vida de Suyana ha quedado recluida en los metros cuadrados de la habitación del hostel donde habita, reducida a las clases online y a los procesos de socialización que pueda generar desde su computador. Suyana reconoce que la llegada de su hijo ha generado cambios y uno de ellos, es la pérdida de su libertad:

“Pues tal vez un poquito la libertad, porque con un niño ya es difícil salir a pasear, no sé, o salir a las reuniones, porque yo tampoco he sido de fiestas y esa parte no me afecta, siempre he sido de casa, entonces como que nunca me ha gustado salir o tal vez nunca he disfrutado salir. Pero en fin, en esa parte no me afecta, pero un poquito así salir a pasear, no sé, conocer las ciudades de aquí de Colombia, un poquito en esa parte porque es difícil con él, necesito otros cuidados, tener más cuidados y esas cosas.” (F, J, I, N#1 459-464)

La sensación de pérdida de libertad que experimenta Suyana, nos habla de una sumatoria de constreñimientos de distinta índole que impactan su bienestar, producto de las restricciones económicas a las que se debe someter para continuar con su beca y poder estudiar. La narradora puede cumplir su sueño de estudiar, pero para hacerlo debe sacrificar parte de su bienestar. Para Suyana, se han ido opacando las oportunidades que tenía para desarrollar sus estudios con la satisfacción que ella quisiera, sin que la visiten las viejas preocupaciones de malestar económico que circundan su familia. Sen (2000), nos dirá que es posible reconocer una vida buena, porque es a su vez una vida en libertad, pero para el caso de Suyana, esa sentida pérdida de libertad nos dirá que, a pesar de poder cumplir su sueño de estudiar, a

pesar de acceder a su derecho a estudiar, que la iguala a otros que también pueden hacerlo: “La igualdad de medios no siempre implica igualdad de libertad” (Fascioli, 2011, p.62). Su vida no es por completo la vida buena que ella deseó, y su libertad, no es la misma libertad que pueden tener otros que estudian al igual que ella, porque su libertad, es una libertad intervenida y modelada por otros y en esas combinaciones, ella no ha tenido, ni tiene poder decisorio.

Quizás la situación de Suyana podría ser aún más difícil, pero su problemática también echó a andar un mecanismo capaz de compensar desde distintos frentes, las dificultades que se presentan siendo madre soltera y estudiante, en un país extraño. La solidaridad se ha hecho presente con diversas manifestaciones y escenarios. Por un lado, ha recibido del departamento de bienestar universitario ayuda psicoterapéutica, acompañamiento psicosocial y hasta jurídico que requiere no sólo su nueva condición de madre, sino aquella referida a ser una estudiante en un país extraño. Sus coterráneos peruanos y sus compañeros de clases se hicieron presentes con donaciones para atender prioritariamente las necesidades de su hijo:

“(…) ... la ropita casi no compro porque siempre me la regalan y juguetes tampoco porque todas las personas que lo conocen a él, no sé, pero siempre se enamoran, entonces muchas personas lo conocen y siempre le regalan juguetes, él es más regalado en la casa (...) siempre regalan ropa así, usadita pero muy buena, algunas veces le he comprado ropa” (F, J, I, N#1 430-437)

En los hostales donde Suyana vive, ha recibido el acompañamiento y la ayuda de los propietarios, quienes prácticamente la han acogido como un miembro de la familia:

“... de la noche a la mañana convertirse en mamá, entonces por ejemplo aprender cosas de los niños, por ejemplo, aprender a cambiar los pañales, aprender a bañarlo, aprender ese montón de cositas fue difícil, pero tuve la suerte de tener a la señora del hostel, la dueña y la señora que trabajaba en el hostel, me enseñaron bastante y me ayudaron mucho en ese aspecto” (F, J, I, N#1 389-393)

Siguiendo a Sen en las palabras de Fascioli, (2011), encontramos lo importante que resulta el reconocimiento en la constitución de la autonomía individual, y que “las opciones que una persona tiene dependen en gran medida de las relaciones con otros y de lo que hacen el Estado y otras instituciones”, así mismo, estas opciones “están fuertemente influidas por las circunstancias sociales y las políticas públicas”. Desde allí, valdría la pena preguntarse por el tipo de autonomía que construye Suyana en interacción con las distintas esferas sociales y

actores que rodean su vida, cuando estos, no se movilizan a hacer un reconocimiento de su proceso de vida, y parecen más bien invisibilizarla. El mismo Sen habla del carácter vulnerable de la autonomía, ante el fenómeno de la alienación y las “preferencias adaptativas”, hecho que genera que una persona expuesta toda su vida a procesos de privación, no sienta descontento con su vida. En la narrativa de Suyana es posible chequear su aprendizaje y postura ante la vida: “*yo soy feliz con todo lo que he logrado, soy feliz con las poquitas, la gente que me rodea, pues, con los apoyos que tengo, todas esas cosas*” (F, J, I, N#1 654-655);

“... todos los problemas he aprendido a afrontar, entonces cada problema que se me presenta yo digo no es el fin del mundo, yo puedo resolver y puedo, entonces de esa parte no me hago como dicen algunas personas, si se presentara un problema... (...)” (F, J, I, N#1 691-693);

No obstante, y sin querer hacer un juicio de su postura, cabe la pregunta si lo que expresan sus palabras, una férrea resistencia ante la adversidad, no son a su vez, y en el fondo, la aceptación de una realidad que la sobrepasa, en donde se la menosprecia y sobre cuyos difíciles acontecimientos, no cabe posibilidad de queja ante nadie:

“(...) ... algunas cositas, son pequeñas cosas, pues, por ejemplo, que me enteré embarazada, ya está, ya están hechas las cosas, toca enfrentar con responsabilidad y pues no me voy a poner a llorar o no me voy a poner a lamentarme, porque no voy a ganar nada (...)” (F, J, I, N#1 698-701).

Saber que no se ganará nada lamentándose ante los problemas, puede constituirse en mecanismo adaptativo que habla de una vida en soledad, resolviendo los problemas sin tener a nadie a quien acudir, pero también, sin tener con quien interactuar, para consolidar algo más próximo a la autonomía individual que a la obediencia silenciosa de los preceptos de una vida decidida por otros.

La llegada de Kuyuchi a su vida y las muestras de solidaridad sin precedentes que generó tal hecho, pueden ser el inicio para que Suyana tenga la posibilidad de conectarse y hacerse partícipe de una vida donde aparece y se le valora, donde su voz silenciada, puede encontrar oídos que la escuchan y puede llorar sus pérdidas y narrar los menosprecios de los que ha sido víctima.

Se abre también la oportunidad para hacer vida en compañía con otros, en donde aparezca la posibilidad de “ligarse a cosas y otras personas, amar a aquellos que nos aman y cuidan, sufrir frente a su ausencia, sentir gratitud, amor”, además, de “vivir para y con otros, reconocer y mostrar preocupación por otros seres humanos, involucrarse en interacciones familiares y sociales”, siguiendo la lectura que Fascioli hace del enfoque de capacidades de Nussbaum (2011, p. 63).

6- Conclusiones

Integrando mundos

La experiencia de nacer y pasar su niñez en un grupo catalogado como minoría indígena, con fuertes tradiciones culturales y profundas raíces ancestrales, ofrece a Suyana características similares respecto a su valoración como mujer, que las que hubiese enfrentado seguramente en otro contexto de sociedad mayoritaria en Latinoamérica. Las distintas escalas de menosprecio recibido de su núcleo familiar y el colectivo de su pueblo, afectaron su autoconfianza, autorrespeto y autoestima y la impulsaron a trazar un proyecto de vida cimentado en avanzar en sus estudios, para ponerse a salvo de las vulneraciones recibidas y construir un futuro autónomo en el que ella decida sus prioridades y el orden de aparición de estas. La consecución de este proyecto de vida le implicó salir del pueblo de sus ancestros, dejar a sus pocos seres queridos y enfrentar la vida en una gran urbe.

Es en este lapso de salir de su pueblo y enfrentar la gran urbe, cuando se evidencia y emerge una condición distinta a la atravesada por buena parte de las mujeres de la región latinoamericana, ya que se hace evidente el paso por dos tamices al que socialmente es sometida, con el fin de minar su autonomía y llevarla a que encarne roles sociales propios de lo que se espera de ella como mujer. El primer tamiz al que será sometida, es en su pueblo natal, donde no solamente desconocen su derecho a la vida como infante, además, pretenden que ella asuma desde temprano, el rol de cuidadora del hogar. El segundo matiz, se lo procuran variadas instituciones relacionadas al ámbito educativo de la urbe, algunas la empujan inicialmente mediante una educación homogénea, a dejar atrás sus raíces indígenas para que abrace una identidad que cumpla con los estándares educativos ciudadanos, otras le hacen incompatible el hecho de ser madre y estudiante al tiempo, alentándola en ese desconocimiento, a que desista de sus sueños.

Esta condición de tener que someterse a constreñimientos en la esfera de su propia comunidad étnica, muestra que a pesar de que las comunidades indígenas generan luchas de reivindicación que les ha permitido ser cobijados por los derechos civiles y políticos del resto



de la sociedad, además acceder y asegurar bienes -tierra- para mejorar su vida y bienestar, y que también sus formas de vida, herencia ancestral y producción cultural han ido ganando un paulatino reconocimiento amplio de la sociedad, en su fuero interno, hace falta que las conquistas de esas luchas cobije y sea extensible a las mujeres como miembros igualitarios en su comunidad, además, de extender hacia ellas, ese reconocimiento social que esperan de la sociedad en la exterioridad. Este trato igualitario hacia las mujeres, puede abrir la posibilidad de darle valor a otras formas de vivir la vida, que pongan en diálogo las conquistas en términos de bienestar de la sociedad en general, con las herencias ancestrales, permitiendo la emergencia de otros proyectos de vida en el que las mujeres indígenas y los hombres, no se sienta escindidos, sino integradores de mundos.

El rescate de si

Si escucháramos el silencio tras la narración de vida de Suyana, veríamos que ha sido el producto del constante menosprecio al que ha sido sometida, y ante el cual, ella no ha podido expresar queja. El maltrato en su corta infancia le restó autoconfianza, los derechos de los que ha sido privada, le restaron un autorrespeto que ella no parece percibir, ya que no expresa haber sido vulnerada, ni pide justicia al respecto y ante la falta de valoración que recibe su forma de autorrealización, parece no tener más recursos, que, con su autoestima minada, seguir persistiendo, aunque las adversidades amenacen con borrar su identidad cultural y sus propósitos de bienestar futuro. Su vivencia de las situaciones adversas, parecen no superar el umbral de la resignación y ante ellas ha creado estrategias adaptativas como combinar sus estudios con el trabajo o ahorrar para solventar sus gastos. Suplir sus necesidades le ha significado verdaderos sacrificios, que, para ella, se tornan en privaciones de derechos básicos. Detrás de su capacidad de ahorro monetario, aparece un ahorro en relaciones sociales, en su alegría, en plácidas horas de sueño, en una alimentación saludable. En síntesis, Suyana parece estar ahorrando energía vital, para poder tomar lo básico y continuar su propósito de su vida. Su capacidad de agencia parece estar limitada a cumplir específicamente los requerimientos que otros han determinado para que cumpla sus sueños. No hay posibilidades de elección a las que ella pueda acudir de manera alternativa, más allá de lo que le han ofrecido las instituciones que facilitan la manutención y sus estudios.

Si nos vamos a esa tras escena, Suyana y muchos otros sujetos, aparecen para la sociedad del logro y el éxito, como portadores de gran tenacidad que sortean todos los obstáculos que la consecución de un proyecto de vida trae, incluso ellos mismos ofrecerán un relato desde este lado, sin embargo, la pregunta será, por la cantidad y calidad de vida que no han podido tener en esta conquista y que quizá, para la narradora y esos otros, no aparezca como un saldo en



rojo, ya que han sido formados para no ver y para no reclamar por ello. Pareciera que el modelo de sociedad en el presente, requiere para su funcionamiento modelar vidas silenciosas ante el menosprecio y que no requieran grandes reconocimientos para estar a gusto, es decir, vidas que se auto-menosprecien, auto-exploten y auto-silencien sin tener conciencia de ello. La misma Suyana dirá que la formaron como una “niña fría” que se extraña ante los abrazos y los besos.

Sin embargo y ante este panorama, aparece Kuyuchi, su hijo, quien ha interpelado su soliloquio introduciendo la pregunta por el amor y cuya respuesta muy seguramente, movilizará la pregunta por el amor que Suyana tiene para sí misma y para compartir con otros. Kuyuchi parece dar la pista para lo que puede ser la alternativa a un ensimismamiento que le resulta funcional a un sistema que explota sin piedad a los sujetos, esta es, estar presente en la vida del otro y darse cuenta de la presencia del otro en la vida propia.

La educación que amplía la libertad

Desde muy pequeña, Suyana recibe la aprobación por un docente de su escuela primaria, quien le hace un reconocimiento por la dedicación a sus estudios. Este hecho, son el motor que le permitirá bocetar un proyecto de vida que tenga precisamente al estudio como propósito. Con esa meta en la cabeza saldrá de su pueblo natal, a pesar de la negativa de su familia, se enfrentará a una educación en la ciudad que desconoce sus raíces culturales indígenas, alternará el estudio con el trabajo para poder solventar sus gastos a falta de apoyo familiar, estudiará una carrera técnica y finalmente aplicará a una beca para estudiar una carrera universitaria en el exterior, que la traerá hasta la ciudad de Medellín, Colombia. Visto así, el proyecto de vida se ha ido cumpliendo a cabalidad, sin embargo, se podría intentar otra historia, agregando un nuevo elemento. ¿Y si Suyana además de su buen desempeño académico, optó por el estudio como proyecto de vida, porque estar en su escuela, colegio, universidad, la ponían a salvo de la violencia de su entorno y le daban la posibilidad de estar y socializar con otros niños y jóvenes con quienes compartía afinidades?

La llegada de Suyana a la universidad, implica quizás un logro mayor al que ella soñó para su proyecto de vida y está referido a la posibilidad de poner la vida propia en escena ante otros y con otros. Este hecho no era desconocido para la narradora y a pesar de su timidez y silencio constante, logró entablar amistad con varias de sus compañeras con las que pudo establecer fuertes vínculos de aprecio y solidaridad. El embarazo y maternidad de Kuyuchi, movilizaron muchas expresiones de solidaridad entorno suyo, que convocó a sus colegas



peruanos que vinieron también con la beca, de sus compañeros de clase, de docentes, profesionales de bienestar universitario, etc.

La educación y el espacio que brinda el aula se consolidan para Suyana y para muchos otros jóvenes, en verdaderos espacios que salvan sus vidas y que les dan no sólo la oportunidad de mejorar las condiciones laborales, sociales, económicas una vez egresados, también les permiten compartir sus angustias o por lo menos, vivirlas al lado de otros. El entorno educativo, da la posibilidad de generar ámbitos de diálogo, a través de los cuales, con el pasar del tiempo, se hace reconocible el ser, sentir y pensar del otro. Además de un escenario de aprendizaje, son espacio para experimentar la proximidad de los otros y tejer vivencias con ellos.

Jóvenes como Suyana ofrecen la posibilidad de introducir preguntas a los docentes y a otros actores educativos respecto a los procesos de vida, las diferencias culturales, las valoraciones morales, las formas de aprendizaje, etc. Ellos se constituyen en la oportunidad de vivenciar e interactuar con otras culturas y de pensarse que tanto deberíamos saber para un ejercicio docente que logre el cuidado de sí y de los otros, para que propicie un reconocimiento a sus individualidades y no sumar a los menosprecios de los que ya han sido víctimas.



Referencias

- Alvarado, Sara Victoria, Gómez, Ariel, Ospina, María Camila, & Ospina, Héctor Fabio. (2014). La hermenéutica ontológica política o hermenéutica performativa: una propuesta epistémica y metodológica. *Nómadas*, (40), 207-219. Retrieved February 14, 2021, from http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0121-75502014000100014&lng=en&tlng=es.
- Fascioli, A. (2011). Justicia social en clave de capacidades y reconocimiento. *ARETÉ*, 23(1), 53-77.
- Honneth, A. (2011) *La sociedad del desprecio*. Madrid: Trotta
- Honneth, A. (2010) *Reconocimiento y menosprecio*. Buenos Aires: Kotz
- Nussbaum, M. (2006). *Las fronteras de la Justicia*. Barcelona: Paidós
- Nussbaum, M. (2012) *Crear capacidades – propuesta para el desarrollo humano*. Barcelona: Paidós.
- Quintero, M. (2018). *Uso de las narrativas, epistemologías y metodologías: aportes para la investigación*. Bogotá: Editorial Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Sen, A. (2000). *Desarrollo y libertad*. Barcelona: Planeta.
- Vasco, C. E., (1990) *Tres estilos de trabajo en las ciencias sociales. Comentarios a propósito del artículo “Conocimiento e interés de Jürgen Habermas, tomado de: Tomado de: Carlos Eduardo Vasco U. Bogotá, septiembre de 1990, 5a. Edición. CINEP Centro de Investigación y educación popular*